

ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje.”— Igualmente, es digno de citarse Racine, autor de *Atalia*, la mejor tragedia del repertorio francés y acaso una de las primeras del mundo. ¿Y qué se podrá decir del gran Bossuet, este apóstol siempre inspirado y sublime? Todas sus obras infunden cierta tristeza, cierto recogimiento de espíritu que conducen á la meditacion: hay en sus *Oraciones fúnebres* una unción religiosa tan marcada, que el alma cristiana se siente llena de inefables y dulcísimos consuelos. Y es que este insigne prelado bebió todas sus inspiraciones en la poesía bíblica: vivió con Dios en la soledad de su corazón, estudiando sin cesar el alma humana hasta en sus sentimientos más íntimos, hasta en sus arcanos más profundos y secretos: por eso sus palabras son majestuosas y elocuentes, graves sus conceptos, y elevados sus discursos, impregnados todos del espíritu evangélico y de una filosofía verdaderamente conmovedora.

Acudid, pues, á la Biblia; y al mismo tiempo que se regenerará vuestro espíritu, encontrareis inefables goces en la lectura de ese Libro por excelencia, eterno é imperecedero como el Dios que lo dictó.



PODER DEL CRISTIANISMO.

I

HAY en el hombre un sentimiento innato de amor hácia un sér superior y perfecto, que incesantemente le impulsa á tributarle ardientes y sinceras adoraciones. A él eleva los himnos de su gratitud cuando la felicidad baja á su pecho y el bienestar le rodea, y á él también acude con sus plegarias en demanda de consuelo cuando se siente agobiado por el infortunio. Adán, en el paraíso, gozando del inapreciable tesoro de una inocencia sin límites, obedecía á la necesidad de recoger su espíritu un momento para entonar hermosos cánticos de alabanza al Criador; y más tarde, cuando la perfidia del ángel de las tinieblas consiguió su primer triunfo, y nuestros primeros padres y sus descendientes comenzaron á experimentar extrañas angustias y dolores, aquel sentimiento se avivó rápidamente, hasta manifestarse en inocentes sacrificios de mansos y blancos corderos: así era como los hombres primitivos, ignorantes y sencillos, mostraban al Sér Supremo su gratitud y su amor. Sin embar-

go, poco á poco fueron olvidándose de su verdadero Dios; pero áun entónces, deseosos de acudir á un sér poderoso que los protegiera, formaron ídolos, adoraron los objetos que cautivaban sus sentidos, haciéndose así merecedores del terrible castigo del diluvio. Sus regeneradoras aguas, caídas del cielo con singular profusion, infundieron en los hombres sentimientos de profundo amor y de piedad, trascurriendo de este modo muchos siglos, sin que el temor de Dios se extinguiera en sus corazones ardientes. Entre tanto, el género humano crecía, formábanse familias inmensas y pueblos numerosos; se ensanchaban éstos más y más, invadían las selvas, y las tribus atravesaban las montañas, yendo siempre en busca de tierras fértiles y pintorescas. Muchos de estos pueblos volvieron á olvidarse de Dios, tornáronse en gentiles y paganos, y adoraron divinidades creadas á su antojo. Hubo, empero, una nacion que se mantuvo fiel al único Señor del Universo, y con la cual él se dignó formar alianza. Los patriarcas, con ella, parece como que aseguraron para siempre su dichosa prosperidad, cerrando su corazón con la llave preciosa de la fé, para que jamás penetraran en él profanos sentimientos.

Vinieron otros tiempos y costumbres, y comenzó una era nueva para la humanidad: la civilizacion derramaba sus luces por todo el universo, y las montañas y los mares eran atravesados por numerosos guerreros: en Grecia se cultivaban los entendimientos, florecían las artes, las ciencias y las letras, y había filósofos, poetas y oradores que derramaban la ilustracion

en las masas. Mas ¿qué cosa se ocultaba detrás de todo esto? La civilizacion griega, si bien atendía á las diversas necesidades del pueblo, si bien cuidaba de su ilustracion y su cultura, no guiaba á los hombres por el recto sendero de la verdad: ficciones más ó ménos poéticas eran la base y el objeto de las creencias reinantes, y una filosofía no del todo vana, arreglaba los deberes de los individuos y las costumbres de las sociedades. Así nació en Grecia la mitología, y al cautivar á unos y avasallar á otros con sus multiplicadas formas, engendró el malestar que siguió despues, el abandono, la licencia y los repugnantes excesos que fueron el escándalo del mundo. ¿De qué servía al pueblo heleno el génio de sus poetas, la prudencia y severidad de sus legisladores, la inspiracion de sus artistas, si á la influencia de ellos se sobreponían la corrupcion de las costumbres, la falsedad de sentimientos y el envilecimiento en todo?

Dirigiendo la vista á la Roma de aquel tiempo, á la antigua orgullosa señora del mundo, encontramos igualmente el reinado absoluto de las pasiones, el materialismo dominando las almas, el desenfreno impulsando á todos á la satisfaccion de groseros apetitos: no había allí ni sentimientos delicados ni aspiraciones nobles y elevadas: todo era asquerosa y repugnante sensualidad; sólo se rendía culto á ídolos y dioses inmorales; y se extendían, en fin, por doquiera, y por doquiera sembraban el desórden, el imperio del paganismo con todos sus horrores, el dominio de las pasiones con todos sus inmundos caracteres.

En otros pueblos, no sólo habían llegado hasta el refinamiento la inmoralidad, la corrupción y la abyección, sino que además, la luz de la cultura no había aún derramado sobre ellos sus benéficos resplandores: las disipadas costumbres y los instintos feroces de algunas razas, eran consecuencias naturales del aislamiento en que vivían, y especialmente, de su negra ignorancia y de sus sangrientas y continuas guerras. Los bardos de la antigua Escocia, hasta Ossian, no lograron nunca disipar con la melancolía y la dulzura de sus cantos los instintos guerreros y el amor á los combates en que se abrasaba su pueblo: los trovadores y los poetas tampoco pudieron desterrar del seno de las familias del Norte las poéticas pero absurdas supersticiones que detenían su mejoramiento; y era que ellos mismos, no obstante poseer una alma privilegiada, estaban contagiados de idénticos errores. En las Galias se practicaba con singulares prerrogativas la religión de los druidas; y ésta, aún más que los ritos salvajes, fomentaba vivamente con la pomposa majestad de sus numerosas ceremonias, los instintos y las costumbres depravadas de los habitantes de los bosques, no cuidando en manera alguna del cultivo del entendimiento y del corazón.

II

Entre tanto, había llegado la hora de regenerar al mundo: Jesucristo, rodeado de esplendor, apareció sobre la tierra, y, sol de justicia y de verdad, disipó con su presencia las negras sombras en que la prolongada noche del paga-

nismo la había tenido envuelta: su moral santa y pura estrechó con vínculos de amor las sociedades y las familias; inspiró á los corazones creyentes, encendió el entusiasmo de los soldados de la cruz, para ir, como Pablo, á predicar por todo el mundo; y finalmente, hizo que los pecadores arrepentidos, ya consolados y perdonados, abandonaran las delicias de la vida, para ir á buscar, ó la ignorada gloria de oscuro misionero, ó las austeridades de la penitencia en medio de callados desiertos y de solitarias cavernas. Así, por medio de la ternura y del amor, penetró el cristianismo en los países más lejanos, en los más ocultos y aislados territorios: conquistó el corazón del hombre, brindándole una felicidad y un bienestar desconocidos, y uniendo al mismo tiempo á los pueblos de la tierra con el dulce vínculo de la concordia y de la fraternidad.

Hé aquí el origen de las sociedades cristianas, de esas familias inmensas y numerosas en que la religión de Jesucristo era querida y respetada: ella atendía á las necesidades de todos, consolaba á los desgraciados y á los huérfanos, inspiraba á los artistas sus creaciones inmortales, protegía las ciencias y las letras, y presidía, en una palabra, el sorprendente movimiento del género humano. Increíble parece, pues, que una religión tan pura, tan santa y tan benéfica, hubiese tenido entonces y tenga todavía hoy terribles y furiosos enemigos. Los emperadores romanos la persiguieron sin descanso durante muchos siglos con todo el odio y el rencor que un corazón perverso puede abrigar contra lo

bueno: lanzaron sobre los que la predicaban tremendas amenazas y castigos, fomentaron el paganismo y el desórden, para impedir así el desarrollo de una creencia que se abría paso por entre la abyección más vergonzosa: ni un solo día dejaron de derramar en el circo la inocente sangre de los mártires. Pero al fin llegó la hora del triunfo y del regocijo: Constantino entró á Roma, derribó los ídolos, destruyó los profanos templos, cerró para siempre las puertas del anfiteatro, y sobre las ruinas de aquella ciudad desnaturalizada, plantó el estandarte santo de la cruz. Ya entonces la barquilla del cristianismo pudo flotar plácidamente sobre el océano inmenso del mundo, impulsada por el suave y amoroso poder de la fé de los hombres. Sin embargo, en los tiempos sucesivos no faltaron filósofos que siguieron combatiéndola: mas sus ataques fueron vanos, porque en nada menguaron el amor, el respeto y la veneración que la humanidad le tributaba.

III

En el siglo pasado, terribles y multiplicados fueron los ataques contra el catolicismo. Voltaire y Rousseau, precursores funestos de la revolución francesa, pretendieron derribar con su filosofía impía, su sátira venenosa, su ironía corrosiva y amarga, el sólido edificio de la religión cristiana, ese templo grandioso y eterno ante el cual se habían estrellado la rabia y las persecuciones de los emperadores romanos. Pero el furioso huracán levantado por aquellos filósofos,

no logro ni un momento hacer zozobrar la barquilla de Pedro, que en ésta como en otras veces, quedó triunfante de la ira de los hombres. El propósito que se formara Voltaire—destruir el cristianismo por medio del ridículo—causó estragos lamentables en las sociedades de entonces: muchos, deslumbrados por el génio de aquel hombre perverso, quisieron seguir sus preceptos, ya lanzando dicerios contra el rostro immaculado de la religión, ya afiliándose entre sus enemigos para no aparecer hijos de ella. ¡Triste estado el de un pueblo que se avergüenza de sus creencias ó que fácilmente deja á otros ultrajarlas! Sin embargo, Voltaire quedó burlado en sus deseos, como quedarán siempre burlados los que pretendan imitarlo. Él decía: *aplátemos al infame*, y aún se atrevía á señalar la época en que debería consumarse la obra que había iniciado y comenzado; y ya vemos que el cristianismo brilla en todo su esplendor, grande y majestuoso siempre, respetado, amado, firme en las conciencias de sus hijos.

Cierto es que la perniciosa semilla del siglo XVIII dió sus frutos, frutos amargos y mortales, que serán la eterna deshonra del género humano. Nació la revolución; brotó de las ruinas de las sociedades cristianas esa serpiente horrible de mil cabezas que con rabia feroz derramó el veneno de la maldad en las almas de los hombres: azotó enfurecida la fé y la piedad del pueblo, derribó altares y monarquías, profanó las tradiciones y se burló de la virtud . . . Hubo un momento en que pareció sucumbir la obra de Cristo por tantos siglos respetada, en

que parecieron perderse para siempre las preciosas garantías en que descansaba la sociedad, en que ésta parecía perdida en una noche oscura, sin luz ni brújula que mostrasen el camino único de salvación. Los filósofos, en medio del desórden, arengaban á las masas excitando sus pasiones, escarneciendo con infames conceptos la religion de Jesucristo, cuyos dulces y armoniosos cantos no resonaban ya bajo las bóvedas de los templos; las muchedumbres, llenas de furor por aquellos discursos infernales, se lanzaban ébrias de sangre y de ira contra todo lo que ántes habían respetado y venerado; y el pueblo en masa, desenfrenado á la vista de tanto escándalo, cometía por todas partes los más atroces y vergonzosos delitos. . . . ¡Crisis fatal que anunciaba la disolucion de todos los vínculos sociales despues de aquellas tremendas conmociones, despues de aquellos dolores y de aquellas lágrimas!—La agitacion fué disminuyendo al fin: estaban saciados todos, y preciso era que acabara la inmundada orgía, la sangrienta é infame bacanal. Había llegado el hastío, y con él una série de inquietudes devoradoras, de remordimientos crúeles. Al fuego ardiente de la impiedad y de la irreligion habíanse consumido en aquellas almas envilecidas todos los buenos sentimientos: tan sólo había en ellas ruinas, cenizas. . . . , resultado final del desenfreno de sus pasiones.

El cristianismo, al poco tiempo, vino á restañar tantas heridas, á reedificar tantas instituciones convertidas en ruinas, á comunicar nuevo aliento y nueva vida á aquella sociedad que

parecía muerta para siempre. El cristianismo, en fin, devolvió la sávia purísima de la moral y de la fé á los pueblos que habían sido contagiados por la revolucion.

IV

Empero, fuerza era volver la vida á aquella sociedad moribunda, reanimarla é infundirle nuevo aliento con dulces ensueños de felicidad; presentar á su vista las bellezas de la fé y de la esperanza, hablándole en un lenguaje armonioso y poético; recrearla, en fin, con risueños y apacibles cuadros de bienestar para conmoverla é inspirarle ideas nuevas, y nuevas aspiraciones. Hubo un hombre en Francia que así lo comprendió: el ilustre é inmortal vizconde de Chateaubriand. Animado del deseo de hacer el bien, lleno de ardor y entusiasmo elevadísimos, levantó su voz en medio del lúgubre silencio y del desfallecimiento general. “Cantemos esta religion sublime sin miedo—exclamó;—defendámosla contra las burlas y mofas de la impiedad; demos á conocer y hagamos valer todas sus gracias y bellezas, como se hizo en tiempo de Julianó; y puesto que un nuevo siglo parecido en la sofistería á aquel ha vuelto á producir contra nuestros altares unos insultos nada desemejantes á los de aquella época, empleemos contra los falsos filósofos de esta época moderna el mismo género de apología que ya emplearon con tan buen éxito los Gregorios y los Apolinaris contra los Máximos y los Libanios.”

Chateaubriand comprendió desde luego la

grandiosa mision que quería desempeñar: no desconoció ni sus peligros ni sus dificultades. Iba á ponerse frente á frente de una falange de mentidos filósofos, cuyas únicas armas eran la burla, la sátira y la mala fé: iba á llevar la voz en defensa de una causa santa, pero á la sazón vista con ódio; iba á hablar en nombre de la religion misma y á combatir por ella con brío y con valor heróicos en el campo á que le llevaran. La lucha debía ser agitadaísima y tremenda.— Apareció en efecto el *Génio del Cristianismo*, llenando de alborozo á los católicos y de ira y de despecho á los partidarios de la revolucion. El libro causó una sensacion extraordinaria, y el triunfo del autor fué completo: todos leían aquel con interés, buscando ansiosos los dulcísimos consuelos que encerraban sus páginas: las almas que recordaban horrorizadas los males de la revolucion, encontraban deleites regalados en su galano estilo; y por último, en todas las conciencias renació la antigua fé, el mismo amor y veneracion al cristianismo. Hé aquí por qué puede decirse que á Chateaubriand debe Francia el restablecimiento de sus creencias religiosas. Por lo demás, véase lo que él mismo dice en la *Defensa* de su obra, refiriéndose al magnífico éxito que obtuvo: “Tómese un pasaje impío cualquiera y compúlesele con otro religioso del *Génio del Cristianismo* sobre el mismo asunto, y nos atrevemos á decir que el segundo neutralizará, cuando no destruya, el pernicioso efecto del primero: ¡tal fuerza tiene la pura y sencilla verdad comparada con la más brillante mentira! Por ejemplo, Voltaire se burla á me-

nudo de los religiosos; pues bien, póngase al lado de sus burlescas pinturas el fragmento sobre las misiones ó en el que se pinta á las órdenes hospitalarias socorriendo al viajero en medio de los desiertos, ó el capítulo en que se describe á los frailes consagrándose al servicio de los hospitales, asistiendo á los apestados en los baños ó acompañando al cadalso á un criminal; y á fé mía que la ironía quedará sin fuerza alguna ó que las burlas se convertirán tal vez en lágrimas. Á los reproches de ignorancia que se han hecho al clero cristiano, dad por respuesta los inmensos trabajos que hubieron de emprender los monjes para conservar los manuscritos de la antigüedad: si se les acusa de barbárie y de mal gusto, presentad por toda respuesta las obras de Fenelon y de Bossuet; y si os objetan algunas pinturas grotescas y ridículas de los ángeles y de los santos, contestad y opond los efectos sublimes del cristianismo en la parte dramática de la poesía, de la elocuencia y de las bellas artes, y vereis cuál se desvanece al punto la funesta impresion que pudieron haber producido las sátiras y los sarcasmos.”

A la aparicion del *Génio del Cristianismo* se levantaron por todas partes exclamaciones de desagrado y de enojo, lanzadas por los que habían dañado los corazones y se gozaban en su triunfo, en tanto que los hombres de buena fé y recto espíritu volvían al seno de la religion avergonzados de sus errores y hasta sorprendidos de haber podido olvidar á una madre tan buena y amorosa.—“Al observar—decía Chateaubriand—este síntoma de una gran mudan-

za en la opinion, háse alarmado el espíritu del sofisma, creyendo y recelando que se acercase ya el término de su tan largo imperio. Ha recurrido, pues, á todas sus armas y baterías y adoptado toda especie de formas y disfraces hasta encubrirse con el manto de la religion misma para atacar una obra consagrada á defenderla." Pero todo fué inútil: renació en Francia con todo su esplendor el sentimiento cristiano, y la pompa del culto y el amor tributados á la Divinidad, fueron la única contestacion dada por el pueblo á los esfuerzos de la filosofia incrédula.

De entónces acá han vuelto á renovarse los mismos ataques contra el cristianismo: siendo de notar, que en nuestros días no sólo son lanzados por una filosofia atea, sino muy principalmente por la ciencia, que envanecida de sus progresos y sus triunfos sobre la materia, intenta destruir por su base la firme columna de las tradiciones religiosas, explicando á su manera los misterios que Dios no ha querido revelarnos. Igualmente hay que observar que ninguno de esos ataques es nuevo, pues si tal parecen, debido es únicamente al ropaje con que se presentan revestidos. Ya en otros tiempos han sido formulados por los enemigos de la Iglesia y victoriosamente contestados por hijos insignes del catolicismo. Nuestra religion es eterna como su Divino Fundador, y, pese á los filósofos impíos, ella brillará siempre con pompa y esplendor sobre los destinos de la humanidad.



LA CUARESMA.

I



A religion, madre amorosa del hombre, maestra de la naturaleza, atenta siempre á establecer poéticas armonías y significativos contrastes, ha colocado los santos días de la Cuaresma en la más bella estacion del año; las horas de grave meditacion y de tristeza despues de las de locas alegrías; los momentos de melancólicos recuerdos en medio de la pompa y esplendor primaverales. Pasaron las hermosas fiestas de Noche Buena, con sus bulliciosas Posadas y sus goces inocentes y puros; pasó tambien el Carnaval, esa diversion peligrosa en todo tiempo y hoy peligrosísima para la moral y las buenas costumbres; pasaron esas horas de entusiasmo frenético, y hoy ha llegado la Cuaresma, el tiempo de la abstinencia y de la mortificacion, de la penitencia y de los pensamientos piadosos.

La Cuaresma es quizá la época más simpática del año, porque sus días tristes y tranquilos traen

á la memoria recuerdos muy queridos para los corazones cristianos; porque cada una de sus horas y de sus ceremonias en los templos, causan en el alma cierta dulce melancolía que trae consuelos inefables. Es la época de las fiestas del hogar y de la familia, de las lecturas piadosas presididas por nuestra madre, de las pláticas con el sacerdote, de la fé y de la sencillez candorosas de la infancia. Es la época en que asistimos al templo diariamente á pronunciar nuestras oraciones, en que el interior de las iglesias trasciende á delicioso incienso, en que los niños hacen su primera comunión, y van á buscar al campo y á los jardines flores frescas y olorosas para poner en los altares. Es, en fin, la época de la meditacion y el recogimiento; de los grandes desengaños, pero tambien de los mayores consuelos.

La religion nos recuerda desde el primer día de la Cuaresma que del polvo salimos y al polvo hemos de volver, como si quisiera con este recuerdo poner en nuestra alma el germen de una fecunda y saludable tristeza. Ilusiones de amor y de gloria, aspiraciones al bienestar y á la riqueza, satisfacciones y complacencias del espíritu; todo se apaga y se desvanece ante esa voz severa que proclama nuestra pequenez. Nace entónces la reflexion en nuestro espíritu; y con los ojos de la imaginacion vemos pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos, segun la enérgica frase del Marqués de Valdegamas. ¿Qué ha quedado de ellos, en efecto? Reyes y guerreros, artistas y poetas, sa-

cerdotes y magistrados, conquistadores y esclavos; todos yacen convertidos en polvo miserable, todos están olvidados en la memoria de los hombres.

II

En estos tiempos en que poco se cree y se tiene fé en Dios; en que se ha echado á un lado la religion para no oír sus advertencias; en que todos procuran hacer alarde de un nécio escepticismo fundado sólo en la ignorancia, es difícil que la enseñanza benéfica de la Cuaresma dé algunos buenos frutos, atrayendo á los hombres al interior de los templos. ¿Quién tiene hoy valor de aparecer hijo de la religion, ante una sociedad donde abundan los desdichados que no quieren ya creer? ¿Dónde están esos ánimos fuertes y valerosos que desafien las bur-las de la impiedad, haciendo alarde de sus creencias y de su fé? ¿Qué se hicieron los que en otro tiempo confesaban públicamente la piedad de su alma, y se entusiasmaban defendiendo sus sentimientos religiosos?..... ¡Ay! triste es decirlo: han desaparecido, ó los pocos que quedan no son como los que en tiempos anteriores salían á la defensa de sus creencias. Hoy, empéñanse muchos en fingir ante los demás lo que no son; ocultan sus ideas religiosas, ó con un cinismo vergonzoso ultrajan y escarnecen lo que acaso tienen grabado en el alma, lo que sin duda aman, veneran y practican en el interior de sus hogares, léjos de las miradas del mundo.— La mujer, sólo la mujer es la de siempre: sólo

ella conserva incólume en su espíritu aquella fé sencilla que la consuela y fortifica en sus dolores; sólo ella ama el templo y se prosterna humildemente ante la Virgen, pidiéndole mercedes; sólo ella escucha con respeto la modesta plática del sacerdote, y es puntual en asistir á las solemnidades religiosas.—¡Profanacion inaudita! Nosotros los hombres tenemos quehaceres más importantes; á nosotros nos falta tiempo para ocuparnos en prácticas piadosas. En vez de leer algo de religion, leemos los periódicos del día; en vez de asistir á alguna iglesia á oír el Evangelio, vamos al billar, al café, á las redacciones de periódicos en busca de enredos urdidos por la maledicencia; en vez de meditar un rato sobre el empleo que damos á los días de nuestra existencia, pensamos en los goces de mañana, en los frívolos amores de ayer, en las diversiones que nos esperan y nos ofrece el mundo.—Hé aquí por qué en nuestros templos jamás se ve una concurrencia numerosa de hombres, y por qué muchas veces los que allí se ven, pertenecen sólo al pueblo, á la clase pobre, á esa gente infeliz y despreciada que acude á pedir á Dios remedio á sus males, sin avergonzarse de hacerlo, ni preocuparse por las burlas de los incrédulos. Y en verdad, no se comprende la causa de este aislamiento y frialdad de los hombres. La religion cristiana es madre tan amorosa y tan buena, tan hermoso y consolador es creer; tan naturales son en el alma los sentimientos religiosos y de piedad, que no es posible dejar de desear los tesoros de gracia del catolicismo en medio de las miserias que nos afligen en la vida.

Digan lo que quieran los impíos: lo cierto es que llegan días en la existencia del hombre en que se siente un hastío profundo hácia todo lo que nos ofrece la sociedad, sus diversiones, sus placeres, el lujo, las comodidades, el bienestar; en que el trato con los hombres nos fastidia, el bullicio del mundo nos molesta, las seducciones del vicio nos repugnan y horrorizan; en que se desea, en fin, el olvido, el silencio, la paz y la soledad del retiro. Pues bien: ¿qué hacer entonces, sino acudir al seno cariñoso de la religion? ¿Dónde ir, sino á las melancólicas soledades de un templo cristiano? ¡Dichosos los que todavía creen! ¡Felices los que sienten latir un corazón alimentado por la fé y las esperanzas de los primeros años! . . .

III

Acaso se dirá por algunos que el abandono en que van quedando los templos, es indicio seguro de las raíces que ha echado en nuestra sociedad la *ilustracion* del siglo XIX. Acaso se dirá que están en su postrer agonía las *preocupaciones* del fanatismo religioso; y que si las señoras asisten á las iglesias en mayor número que los hombres, es porque entre ellas no se ha extendido todavía la luz de la filosofía moderna. Pero se engañan lamentablemente los que eso creen. No: no se debe á la ignorancia el que la mujer abrigue aún en su alma la piadosa fé que meció su cuna; no se debe á la ilustracion del siglo el alejamiento de los hombres. Se debe á otra cosa: se debe á la indolencia, hija de cier-

tas injustificables preocupaciones, con que vemos lo que más debía interesarnos: el cultivo esmerado de nuestro espíritu al influjo bienhechor de la religion, y cierto temor de parecer sumisos y creyentes en una época en que todos blasonan de incrédulos y escépticos; es la tibieza de nuestro carácter voluble y caprichoso, que nos impide hacer lo que tal vez deseamos ardentemente; es, en suma, la indiferencia en materias religiosas, que nos ha invadido y que casi nos domina ya. Á lo cual hay que agregar la desconfianza que abrigamos de que sean bien vistos por los demás los actos de nuestra fé y de nuestro respeto á Dios. ¡Cuántos, por ejemplo, toman ceniza con la mayor devocion en los templos, y se borran la cruz ántes de salir á la calle, miétras muchas señoritas se pasean á la mitad del día por los lugares más concurridos sin mortificarse ni avergonzarse de llevar en sus blancas frentes el sagrado signo de la redencion!

¿Qué significa este contraste? Significa que hoy nos dan ejemplo de valor y de entereza las mismas á quienes con nuestro orgullo apellidamos ignorantes y fanáticas, nosotros los hombres ilustrados del siglo XIX!



LA SEMANA SANTA.

I

HA llegado con sus días de luto y de tristeza, con sus horas de recogimiento y de oracion: días en que nuestra alma se siente llena de suave y dulce melancolía, y en que buscamos la soledad y el silencio como necesarios para recordar los sucesos de la redencion humana, sin duda los más maravillosos que se registran en la historia; días, en fin, en que acudimos á los templos á orar con esperanza y con fé, y en que nuestro corazon experimenta piadosas y profundas emociones.

Dejemos ya los espectáculos del mundo; abandonemos los paseos, los teatros, los lugares todos de recreo á que íbamos á buscar frívolos placeres y peligrosos pasatiempos. Léjos de nosotros los halagos y encantos de las pasiones juveniles, los ardorosos ensueños de la adolescencia, las alegrías, las amistades y los amores que sólo traen inquietudes para el alma. Procuremos ahora olvidarlo todo, y preparémonos á la oracion: acudamos presurosos al solitario